

ESTUDIOS DE ANTROPOLOGÍA BIOLÓGICA

VOLUMEN XIII

*

Editoras

Magalí Civera Cerecedo
Martha Rebeca Herrera Bautista



Instituto Nacional
de Antropología
e Historia



Consejo Nacional
para la
Cultura y las Artes



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ANTROPOLÓGICAS
INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA
ASOCIACIÓN MEXICANA DE ANTROPOLOGÍA BIOLÓGICA
MÉXICO 2007

Comité editorial

Xabier Lizarraga Cruchaga
Abigail Meza Peñaloza
Florencia Peña Saint Martin
José Antonio Pompa y Padilla
Carlos Serrano Sánchez
Luis Alberto Vargas Guadarrama

Todos los artículos fueron dictaminados

Primera edición: 2007

© 2007, Instituto de Investigaciones Antropológicas
Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, 04510, México, D.F.

© 2007, Instituto Nacional de Antropología e Historia
Córdoba 45, Col. Roma, 06700, México, D.F.
sub_fomento.cncpbs@inah.gob.mx

© 2007, Asociación Mexicana de Antropología Biológica

ISSN 1405-5066

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización
escrita del titular de los derechos patrimoniales

D.R. Derechos reservados conforme a la ley
Impreso y hecho en México
Printed in Mexico

ENTERRAMIENTOS EN EL ATRIO DEL TEMPLO DEL EXCONVENTO DE SAN JUAN EVANGELISTA, ACATZINGO, PUEBLA

Zaid Lagunas Rodríguez
Sergio Suárez Cruz
Bertha Ocaña del Río

Centro INAH-Puebla

RESUMEN

La investigación trata de los entierros humanos localizados en el atrio del exconvento franciscano de San Juan Evangelista, Acatzingo, Puebla, en donde se recuperaron 37 entierros primarios (21 adultos, cinco subadultos y 11 infantiles) y 12 conjuntos óseos (entierros secundarios); la posición más frecuente de los individuos fue decúbito dorsal extendida, con orientación poniente a oriente (cráneo al poniente). Su temporalidad se estima en 150 años, es decir, corresponden a la segunda mitad del siglo XIX. Los objetos asociados directamente con los entierros, principalmente con los infantiles, consistieron en aretes, botones y collares. Entre los materiales cerámicos encontrados en el material de relleno hubo figurillas prehispánicas y coloniales, así como tiosos de ambos periodos y modernos.

La excavación indica que es un área de enterramientos continuos, dada la presencia de primarios completos y mutilados por la intrusión de otro enterramiento, así como secundarios (conjuntos óseos). La revisión del archivo parroquial corroboró el uso del atrio del exconvento de Acatzingo como sitio de enterramiento.

PALABRAS CLAVE: costumbres funerarias, época colonial, y contemporánea

ABSTRACT

The research discusses the human burials located in the atrium of the Franciscan ex-convent of San Juan Evangelista, Acatzingo, Puebla, where 37 primary burials (21 adults, 5 juveniles, and 11 infants) and 12 skeletal collections (secondary burials) were recovered. The most frequent position of the individuals was supine, with west to east orientation (cranium to the west). The temporality of the remains is estimated at 150 years, that is, they correspond to the second half of the 19th century. The objects directly associated with the burials, mainly with the infant ones, consist of earrings, buttons, and necklaces. Among the ceramic materials found in the fill were prehispanic and colonial figurines and potsherds from both these and modern periods.

Archaeological excavation showed that the site was one of continuous interments, given the presence of secondary burials (skeletal collections) and of complete primary burials. Some of these were disturbed when carrying out later interments. A review of the parochial archive corroborated the use of the atrium of the ex-convent of Acatzingo as a burial site.

KEY WORDS: funerary customs, colonial and contemporaneous epochs.

ANTECEDENTES

Los miembros de la asociación civil “Exconvento franciscano del siglo XVI A. C.,” encargada del mantenimiento y vigilancia del inmueble en Acatzingo, Puebla, solicitaron la intervención de personal del INAH, ya que al excavar una zanja para colocar el cableado eléctrico, que parte de la entrada del atrio y rodea el inmueble en las paredes exteriores norte y poniente, descubrieron restos óseos humanos en el tramo que corresponde a la esquina noroeste del exconvento. Así, en abril de 2004 se atendió esta denuncia (figura 1).

En la inspección correspondiente identificamos los restos de por lo menos 11 individuos de diversas edades y de uno y otro sexo, que habían sido extraídos por los trabajadores. Esto nos llevó a pensar en la posibilidad de encontrar más enterramientos en el lugar, por lo que propusimos a la asociación nos permitiera efectuar una excavación controlada para obtener información sobre las características de los enterramientos (orientación, posición, etcétera), así como del contexto en que se pudieran encontrar los restos (ubicación, material asociado, etcétera). La propuesta fue aceptada,



Figura 1. Los restos fueron encontrados hacia la esquina noroeste del templo.

por lo que en este trabajo se presentan los resultados obtenidos en esa investigación.

INTRODUCCIÓN

El estudio de los enterramientos humanos y de los aspectos relacionados con ellos permite entender e interpretar ese acontecer que es la muerte física del individuo. Enterrar al muerto es una actividad humana que tiene gran antigüedad y significado mítico, religioso y social dentro de la comunidad. Los distintos aspectos involucrados con la muerte de un individuo, considerados dentro de su sociedad (y sólo dentro de ella), reflejan muchos aspectos de la forma de vida y los quehaceres diarios que él realizaba. A los antropólogos físicos y arqueólogos nos interesa saber en dónde fueron enterrados los individuos, si en un sitio ceremonial, habitacional o en un lugar destinado ex profeso para los muertos;

a qué ceremonias fueron sometidos en los momentos previos y posteriores a su muerte; qué tratamiento le dieron al cadáver, cómo fue colocado y orientado, si tenía o no ofrenda, adornos y objetos asociados; a qué clase social pertenecía, y la causa de la muerte, cuando ésta se puede determinar. Lo anterior permite hacer inferencias acerca de los diferentes aspectos en torno a la base económica y a la estructura de la sociedad a la que pertenecieron los despojos de los individuos que tenemos ante nosotros.

LOCALIZACIÓN DEL SITIO

El exconvento de San Juan Evangelista se encuentra en el centro de la ciudad de Acatzingo, Puebla, cabecera del municipio del mismo nombre, ubicada a 50 kilómetros al oriente de la ciudad de Puebla, siguiendo la autopista Puebla-Orizaba, hasta llegar al entronque con la desviación a la ciudad de Xalapa, Veracruz (figura 2).



Figura 2. Localización de Acatzingo, Puebla.

TÉCNICA DE EXCAVACIÓN

Primero se limpió el terreno y en seguida se limitó el área de excavación. Para el mejor control de los materiales se trazó un rectángulo de 54 m²: 9 m de largo (de oriente a poniente) por 6 m de ancho (de norte a sur), paralelo a la banqueta que delimita la pared norte del templo del exconvento, divididos a su vez en cuadros de 3 por 3 m, los cuales se denominaron: cuadro N1 E1, cuadro N2 E1, cuadro N1 E2, cuadro N2 E2, cuadro N1 E3 y cuadro N2 E3. Dichos cuadros se excavaron por capas naturales y niveles métricos de 20 cm o menos, en caso de que la capa natural se interrumpiera antes, medidos a partir de un nivel “cero” arbitrario ubicado a 10 cm sobre el nivel de la banqueta, en la esquina suroeste del cuadro N1 E1.

ESTRATIGRAFÍA

Se identificaron los siguientes estratos: capa A, compuesta de tierra vegetal y en algunos casos de gravilla color crema, sobre todo en la mitad sur de la excavación; se encontró desde la superficie hasta los 86 cm. Capa B, corresponde a un piso de cal y arena compactado que apareció a los 41 cm de profundidad en varios de los cuadros, aunque a menudo sólo se hallaron franjas delgadas que delimitaban las fosas en que se depositaron algunos cadáveres. Capa C, se trata de un segundo piso de tierra compactada que se encontró a los 63 cm. Capa D, conforma un tercer piso, localizado a 86 cm de profundidad, también de cal y arena, sobre el que se depositó la mayoría de los entierros. Capa E, compuesta por arena suelta, va de 86 a 160 cm. Capa F, corresponde a la roca madre, es de color crema y de composición caliza.

ANÁLISIS DEL MATERIAL CERÁMICO

En los cuadros individuales de cada pozo se registraron y cuantificaron los objetos recuperados en ellos, y en un cuadro general se inscribió el número de muestras de los distintos pozos, con un total de 780 tuestos prehispánicos, coloniales y recientes (cuadro 1).

Respecto al material prehispánico, resaltan por su número los tiestos monocromos color café con 208 (27% de la muestra), los monocromos rojos con 98 (13%) y algunos comales que ejemplifican la cerámica de uso doméstico del sitio. Dentro del material diagnóstico se tienen fragmentos de figurillas antropomorfas femeninas del Formativo (figura 3); cerámica del tipo Anaranjado delgado del Clásico, y en mayor número fragmentos de vasijas del tipo Lisa cholulteca; Negro sobre el color natural del barro; Rojo y negro sobre naranja y algunos Policromos laca del Posclásico, identificados de acuerdo con la tipología planteada por Acosta (1975), Müller (1970) y Noguera (1954), que confirma una ocupación prolongada en este periodo y su relación con la capital cholulteca, sea por cuestiones políticas o religiosas, como se refiere en la *Historia tolteca-chichimeca* (en Kirchhoff *et al.* 1989) y lo menciona Gabriel de Rojas (1927).

Cabe mencionar la presencia de algunos tiestos, que por sus pastas se sabe que provienen de las regiones de Coxcatlán e Izúcar de Matamoros, Puebla. Se trata, en el primer caso, de cerámica de pasta y engobe crema, sobre la cual se aplicó decoración con motivos geométricos usando pintura negra. En el segundo se tienen vasijas de pasta porosa color

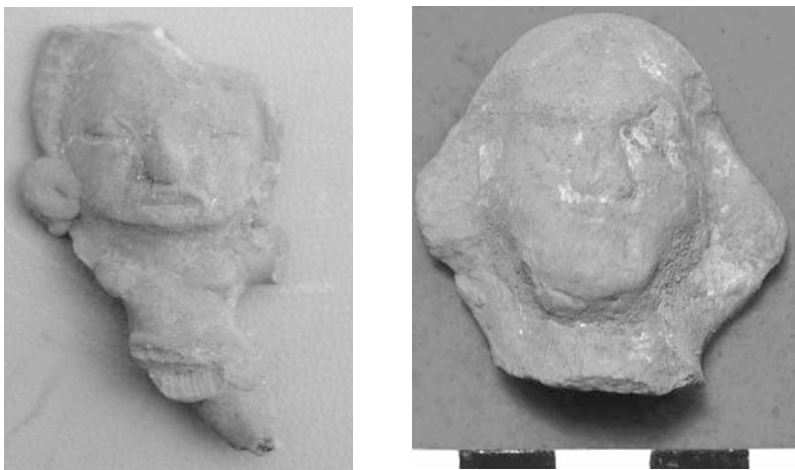


Figura 3. Algunas de las figurillas encontradas durante las exploraciones: izquierda, preclásica; derecha, colonial.

rojizo o naranja sin decoración, con abundante desgrasante de mica; esto indica que también tuvieron relación con los grupos de estas regiones (cuadro 1).

Entre los materiales de fabricación colonial se encontró la parte cefálica de una figurilla de arcilla y algunos tiestos de porcelana. De elaboración reciente se tienen 190 tiestos (24%) que corresponden a pequeñas vasijas vidriadas y 40 (5%) son fragmentos de porcelana, la mayoría modernos. La presencia de material reciente revuelto con prehispánico asociado con los entierros en la mayoría de los niveles excavados indica que el área tuvo una ocupación que se inició en el Formativo y se continuó en el Clásico, incrementándose notablemente en el Posclásico; con la llegada de los españoles y la construcción del convento, que se efectuó entre los años 1558 a 1585 (Martínez del Sobral 1988: 63), esta zona, al parecer, fue utilizada como huerta; luego, por alguna circunstancia se colocaron pisos de piedra caliza molida y de tierra compactada que funcionaron durante algunos años; mismos que fueron cortados al realizar las inhumaciones, cuando se utilizó el espacio como cementerio, dejando en planta las franjas de piedra caliza molida que registramos como capa B.

FUENTES HISTÓRICAS

En ellas se enfatizan las malas condiciones de vida e insalubridad existentes en la Nueva España y en particular de la ciudad de Puebla durante los siglos XVI a XVIII, en donde era común que los comerciantes (panaderos, tablajeros, etcétera) tiraran los desechos orgánicos en las calles, aunado a las inmundicias de las casas particulares, la suciedad de las fuentes y pilas públicas, la convivencia con animales (cerdos, caballos, vacas, cabras, perros y gatos) y a la constante escasez de agua (Cuenya 1999: 116). Otro foco de contaminación fueron los camposantos situados en los atrios y capillas de los templos y conventos, ubicados en el centro de las ciudades y sus barrios, con entierros en cajas de madera mal armadas, en sepulturas poco profundas, depositados bajo los pisos de tablones de los templos y capillas, por lo cual se percibían los malos olores que despedían los cuerpos en descomposición. Los fieles convivían diariamente con estos enormes focos de infección

que provocaban terribles ataques a la salud de la población (Salas y Salas 2001: 23, Cuenya *op. cit.*: 131). “Por otro lado, la alta mortalidad trajo como consecuencia que los sitios destinados para sepultar a los muertos se saturaran de manera notable, creando un importante foco de contaminación, pues las naves de los templos pronto resultaron insuficientes” (Salas y Salas *op.cit.*).

El surgimiento y difusión de epidemias y enfermedades europeas (tifus, sarampión, disentería, viruela, entre otras) desconocidas en América, que arrasaron con grandes núcleos de población, especialmente indígena, hizo que las autoridades se preocuparan por la higiene y salubridad. Los historiadores indican una serie de epidemias que asolaron la región de Zacatelco y Acatzingo en los siglos XVII y XVIII, especialmente en los años de 1692, 1727, 1737, 1761 y 1762 entre ellas el matlazáhuatl, disentería y tifus exantemático, que provocaron una situación económica crítica durante esos años (Cuenya 1999: 167,168).

El matlazáhuatl de 1737 provocó la muerte en pocos meses de 3 280 indígenas en Acatzingo; hubo familias enteras destruidas, aldeas abandonadas, aumentó el bandolerismo y la vagancia y la crisis agrícola originada por la falta de mano de obra agravó aún más la situación en la región (*ibidem*).

INVESTIGACIÓN DE ARCHIVO

Para la comprensión de la mentalidad colonial respecto a la manera de concebir la muerte y disponer de los cuerpos es necesario consultar diversas fuentes en los archivos de templos, hospitales y conventos, ya que estos lugares, junto con los atrios, fueron elegidos para sepultar a los muertos. Una de las fuentes más importantes son los acervos parroquiales que permiten cuantificar y clasificar las defunciones ocurridas en un tiempo particular y hacer cálculos de la composición de la población por edad y sexo, entre otros aspectos.

Es por esto que decidimos, una vez concluida la exploración y recuperación de los restos óseos, hablar con el sacerdote de la parroquia de Nuestra Señora de los Dolores, para que nos permitiera consultar el archivo, en un intento por saber en qué años fueron sepultados los

individuos, a qué sector de la población correspondían y cuáles fueron los espacios utilizados como lugar de entierro, a lo largo de los años.

Se consultaron los libros de defunciones numerados del 1 al 23, que abarcan de 1643 a 1830. Se encontró que a partir de este año y hasta 1885 los datos fueron registrados en libros numerados nuevamente del 1 al 7. En el libro de entierros de indios, que va de 1753 a 1760, encontramos algunos datos de interés, como son:

1. En el área designada como “camposanto del convento” o “patio del convento”, dentro del cual queda incluido el espacio que nos ocupa, se daba sepultura a la mayoría de los difuntos, especialmente aquellos que por ser tan pobres no tenían los medios para ser enterrados.

2. Para el siglo XIX es frecuente observar como causa de muerte la disentería, que afectó principalmente a los soldados del ejército mexicano acantonados en Acatzingo, en espera del ejército invasor, que fueron sepultados “de limosnas” en el camposanto del convento.

PRÁCTICAS FUNERARIAS EN LA ÉPOCA COLONIAL

Consumada la conquista, los religiosos iniciaron la evangelización e impusieron su religión y, por tanto, sus prácticas funerarias de acuerdo con el culto católico español, y ante la necesidad de asignar un lugar para enterrar a sus muertos decidieron hacerlo dentro y fuera de los templos.

En América como en España, el lugar de entierro adquirió un significado especial. El templo como espacio sagrado era el lugar apropiado para esperar el juicio final (Cuenya *op. cit.*: 132). Después de la muerte, el cadáver era arreglado para el velorio; se le podía amortajar, vestir con sus mejores galas o con un hábito de la orden de su preferencia; una vez hecho esto, se le metía en un ataúd de madera o se le envolvía en una manta o petate, de acuerdo con las posibilidades económicas de los deudos. A los niños y a los adolescentes se les vestía de blanco en señal de pureza y a las jóvenes solteras se les ponía una hoja de palma, como símbolo de virginidad. En el momento de la muerte, en algunos lugares se acostumbraba tañer las campanas, el número de tañidos indicaba el sexo del difunto (Márquez 1984: 45-46).

Una vez que el cadáver era colocado en el ataúd o hecho el bulto mortuorio, se realizaba el trámite de pago de los derechos parroquiales y se determinaba el sitio en el que se debería efectuar el enterramiento. Cuando algún pobre moría y su familia no tenía dinero para pagar el derecho parroquial las autoridades virreinales intervenían, obligando al cura a permitir su entierro. A la gente menesterosa se le enterraba por caridad, y a partir de 1857 por caridad e higiene (Márquez *op. cit.*: 46).

Por lo común, al efectuar el entierro, el cadáver se colocaba sobre su espalda en posición extendida con los pies hacia el altar y la cabeza hacia el lado opuesto; los brazos se le cruzaban sobre el pecho y las manos sostenían un crucifijo o un rosario. Cuando se enterraba con una mortaja se empleaba una litera comunal que servía para llevar el cuerpo al camposanto, o a los familiares se les prestaba un ataúd para transportar el cadáver. Antes del entierro se oficiaba una misa de cuerpo presente, que usualmente ocurría la mañana siguiente después de la muerte del individuo (*ibidem.*). El sitio del entierro variaba según el estrato social de la persona fallecida y las posibilidades económicas de los dolientes. Así, la gente rica podía escoger para su entierro y el de sus descendientes un sitio especial dentro de la nave del templo, cuya importancia se relacionaba con la cercanía al altar mayor. Los sacerdotes eran enterrados bajo el altar mayor o en sus laterales, según su posición eclesiástica; práctica que proviene de la época romana tardía, cuando los santuarios romanos fueron utilizados por los cristianos para inhumar a sus santos mártires; esta costumbre se extendió poco a poco hasta permitir enterrar en los templos a personas de vida santa, protectores y reyes, y posteriormente a cuanta persona dispusiera del dinero necesario (González 2001: 39), pues se tenía:

...la creencia de que al enterrarse cerca de un santo mártir, la persona ocuparía en la otra vida un lugar cercano a éste, en el cielo [...] Al encontrarse la tumba cerca de reyes, sacerdotes o gentes de clase alta confería gran dignidad [...] se creía que por estar enterrado cerca del lugar donde se celebraba el sacrificio de la misa, se salvaba la persona de las penas del infierno y purgatorio (Nicolau 1970, *cfr.* González 2001: 39).

En cambio, los españoles pobres, indios y castas se enterraban fuera, en el atrio, "...especialmente aquellos que por ser tan pobres, no

tenían nada que testar” (Cuenya 1999: 132), como puede ser el caso de los entierros explorados en esta ocasión.¹

MEMORIA COLECTIVA

La gente del lugar comentó que en 1975, como consecuencia de un fuerte sismo que dañó el inmueble, el exconvento fue restaurado por personal del entonces Instituto Poblano de Cultura. Al cambiarse el piso de la nave, algunos esqueletos que estaban en ese lugar se sacaron y se enterraron en el área que excavamos; años más tarde, cuando se construyó la banqueta que delimita al templo en su parte norte, hubo una segunda remoción de los entierros. Llama la atención el hecho de que ningún vecino recordó que este lugar fue ocupado como cementerio, por lo que el hallazgo de los restos les causó cierto recelo y temor. Durante la exploración fue común que nos cuestionaran sobre la identidad de los restos, a lo que respondíamos que se trataba de gente del lugar que vivió aproximadamente 150 años atrás.

LOS ENTIERROS

En total se exploraron 37 entierros primarios (cuadro 2), de ellos 21 adultos que equivalen al 56.76% del total (nueve del sexo masculino, 24.32%; 11 del femenino, 29.72%, y uno de sexo no determinado, 2.70%); los jóvenes, entre 21 y 35 años, y los adolescentes fueron escasos (dos y tres individuos, respectivamente); los infantiles, si bien no estuvieron ampliamente representados, llegaron a ser un poco más de la mitad de los adultos (11 individuos, 29.72%).

En cuanto a la posición del cuerpo (cuadro 3), la predominante fue la dorsal extendida tanto en los adultos, hombres y mujeres, como en los jóvenes y subadultos; las extremidades superiores estuvieron fle-

¹ De acuerdo con los datos recabados en el archivo de la parroquia de Acatzingo, existían varios espacios que eran utilizados para enterrar a los muertos, por ejemplo la nave de la iglesia, el camposanto, el atrio, el pórtico y la sacristía.

Cuadro 2
Edad y sexo de los entierros primarios del exconvento
de Acatzingo, Puebla

Sexo	Hombres	Mujeres	Sexo no determinado	Total
Edad				
Adultos (36-75)	9 (24.32%)	11 (29.72%)	1 (2.70%)	21 (56.76%)
Jóvenes (21-35)	1 (2.70%)	1 (2.70%)	0	2 (5.40%)
Adolescentes (13-17)	2 (5.40%)	1 (2.70%)		3 (8.10%)
Infantiles (0-12)			11 (29.72%)	11 (29.72%)
Total	12 (32.43%)	13 (35.13%)	12 (32.43%)	37 (99.99%)

xionadas y cruzadas transversalmente sobre el tronco, mientras que los pies podían estar cruzados uno sobre otro, o paralelos (figura 4).

Respecto a la orientación (cuadro 3), se tomó en cuenta la dirección cráneo-pies. De este modo, 32 de los entierros estuvieron orientados de oeste a este, dos sur-norte (entierros 26 y 28) y tres norte-sur (entierros 6, 10 y 23).



Figura 4. La posición dorsal extendida con los brazos cruzados sobre el tronco fue la predominante (entierro 4, Acatzingo, Puebla).

Cuadro 3
 Posición y orientación de los entierros primarios del exconvento de Acatzingo, Puebla

Edad	sexo	Posición dorsal extendido	Orientación				Posición de los brazos			
			o-e	s-n	n-s	total	Cruzados sobre el tronco	Extendido dirigido hacia la pelvis	Dirigido al hombro	total
Adulto	m	9	7	1	1	9	8		1	9
	f	11	10		1	11	8	1	1	10
	no deter	1	1			1				
Joven	m	1	1			1	1			1
	f	1	1			1	1			1
Adolescente	2 m	3	3			3	2			2
	y 1 f									
Infantil		11	9	1	1	11	9			9
Total		37	32	2	3	37	29	1	2	32 ¹

¹Los cinco restantes no presentaron miembros superiores (entierros 5, 5-1 y 12 femeninos; 22 masculino y 27 infantil).

Un total de 17 esqueletos sufrieron remociones de diversas partes del cuerpo al realizar un nuevo entierro en el mismo lugar; este dato nos permitió determinar cuál de ellos fue enterrado primero y cuál o cuáles después, como sucedió en los entierros 6, 7, 8, 9, 10 y 11, en los que 7, 10 y 11 fueron los más antiguos, en tanto que 6, 8 y 9 fueron los más recientes (figura 5).

Así también se encontraron 12 conjuntos óseos (entierros secundarios), dispersos en toda el área explorada, constituidos principalmente por cráneos y huesos largos, aunque también hubo costillas, vértebras y otros elementos óseos. Uno de ellos (conjunto 8) estuvo integrado por 23 cráneos y numerosos huesos largos (figura 6).

Es notable que uno de los conjuntos, muy superficial, estaba sobre una bolsa de plástico, y a su vez se habló sobre otro conjunto que estaba dentro de una bolsa del mismo material; los restos mostraban huellas de aplastamiento, lo cual indica que fueron compactados para caber en la zanja. El conjunto 2, encontrado cerca de la banqueta, evidenció un segmento integrado por los huesos de la extremidad superior iz-



Figura 5. Ejemplo de entierros que sufrieron remociones al realizarse otras inhumaciones.



Figura 6. Se encontraron diversos conjuntos óseos (entierros secundarios) en toda el área, constituidos por cráneos y huesos largos principalmente. Ejemplo de un conjunto (entierro secundario, conjunto 8), Acatzingo, Puebla.

quierda, como el omóplato, la mitad distal de la clavícula y nueve costillas, además de los huesos de la mano derecha, todos en posición anatómica. Los dedos de ambas manos estaban flexionados hacia sí y la palma, manteniendo el *rictus* cadavérico; las manos en su conjunto ligeramente flexionadas hacia el antebrazo y adentro, lo cual indica que este segmento aún conservaba las partes blandas cuando fue removido.

OBJETOS ASOCIADOS

Los entierros que tuvieron algunos objetos asociados fueron escasos (figura 7). El 1 tuvo un fondo de botella relativamente reciente. El 6 (adulto masculino) tenía dos botones hacia la región lumbar, uno de ellos con tres agujeros y dos esferas de latón, la más grande contenía a la más chica. Por debajo de la mano derecha del entierro 14 (adulto femenino) se encontró un clavo de hierro forjado de cabeza rectangular. Los entierros 15 y 16 (infantiles) presentaron un objeto chico de latón cada uno, encontrados hacia las costillas del lado derecho a la altura del codo. Por la región del codo, bajo la mano derecha del 21,

se encontró un haz de fibras vegetales de color café oscuro (¿posible petate?), semejantes a las encontradas en los entierros 24 y 26; aunque en el caso del 24 (infantil 7-8 años) ellas estaban al nivel de las vértebras lumbares y del extremo inferior de la tibia derecha; en el entierro 26 (infantil 18 meses) las fibras estaban por abajo de la sínfisis mandibular, junto con un objeto de alambre; sobre la pelvis y por debajo de las manos se hallaron pequeños trozos de alambre muy delgado.

El entierro 32 (infantil 5-6 meses) tenía alrededor del cuello un collar constituido por 47 cuentas pequeñas de color blanco, una pequeña cruz de material no identificado (parecido a la baquelita), fragmentos de un material de color verde, y hacia la parte posterior del tronco se localizó un clavo chico o tachuela. El entierro 34 (subadulto 17-18 años) tenía dispersas pequeñas cuentas (¿de papelillo?) de color café, algunas completas, otras rotas, posiblemente de un collar.



Figura 7. Algunos objetos asociados con entierros infantiles.

CONCLUSIONES

El sitio tuvo una ocupación continua desde la época Preclásica hasta la colonia y posterior, así lo muestran los materiales encontrados (figurillas y cerámicas prehispánicas y coloniales, y un fondo de botella reciente), aunque todo estuvo revuelto por las distintas inhumaciones y reinhumaciones. Por otra parte, los tres pisos de cal y arena descubiertos durante la excavación en diferentes profundidades en ningún caso sellaron los cuerpos, lo que señala que los entierros son posteriores a ellos.

El uso continuo del lugar como sitio de enterramiento se puso en evidencia por la presencia de entierros primarios completos, así como por los primarios que fueron “mutilados” al depositar otro enterramiento en el mismo lugar o muy cercano y por los agrupamientos óseos. Los conjuntos, los huesos dispersos y los restos encontrados en bolsas de polietileno en los niveles superiores se explican, en parte, por el traslado de huesos producto de las remociones realizadas en el piso de la nave del templo y por la ocurrida cuando se construyó la banqueta que rodea al templo en su parte norte. En tanto que los entierros primarios hallados a mayor profundidad, estamos seguros, fueron depositados allí desde un principio, pues para su inhumación se rompió en repetidas ocasiones el piso de cal y arena que se encontró a los 40 centímetros de profundidad y cubría el terreno.

Es notable el número de esqueletos que se encontraron colocados en posición extendida, orientados de poniente a oriente, lo que coincide con la práctica cristiana; siendo relativamente pocos los que se orientaron de norte a sur o de sur a norte. Pese a que consideramos que se trata de los restos de gente que vivió hace unos cien o ciento cincuenta años, no se encontraron evidencias de ataúdes, zapatos o vestimentas, salvo los entierros mencionados.

En los años 1692, 1727, 1737, 1761 y 1762 ocurrieron diversas epidemias como la de matlazáhuatl, que en 1737 provocó la muerte de 3 280 indígenas (Cuenya 1999: 167, 168). Es de interés anotar que tal acontecimiento coincide con el hecho de que en ese año hubo muchas defunciones en Acatzingo, pues ellas ocupan dos de los libros consultados. Entre las principales causas de muerte que encontramos en los libros de defunciones están la disentería y el sarampión. Entre 1862 y 1866 se registra la muerte de numerosos militares, gran parte de ellos

por disentería, que fueron sepultados principalmente en el “campo-santo” del convento.

La presencia de esqueletos de infantes, adolescentes y adultos colocados con cuidado señala que su defunción no obedeció a alguna epidemia o por algún acontecimiento que provocara la muerte masiva de individuos, pues en estos casos los hubieran enterrado sin cuidado alguno y los esqueletos se habrían encontrado en posiciones caprichosas. Sin embargo, dadas las características que hemos mencionado, no creemos que los entierros objeto de este trabajo correspondan a los soldados acantonados que murieron en Acatzingo, mientras esperaban al ejército francés.

Por otro lado, si se acepta el traslado de restos provenientes de la nave, podemos pensar que en el sitio explorado se encontraban restos de personas de cuando menos dos estratos sociales: individuos con una posición social relativamente alta y otros de posición baja; los primeros representados, en este caso, por los restos que conforman los conjuntos más superficiales; en tanto que los segundos estarían representados por los entierros primarios y los conjuntos hallados a mayor profundidad, pues se sabe, por las referencias que se tienen, que la gente rica era enterrada lo más cerca posible al altar mayor, en tanto que los españoles pobres, indios y castas se inhumaban en el atrio.

El análisis del material óseo y la información histórica están en proceso, por lo cual no es posible, por el momento, establecer con precisión la causa de la muerte de estos individuos; sin embargo, por los datos disponibles suponemos que se trata de personas muertas por causas naturales. Por otro lado, la información relativa a la higiene y salud en el pasado muestran que vivían en condiciones deplorables, que seguramente incidieron en la tasa de mortalidad de la población que ahora nos ocupa.

Agradecimientos

El apoyo económico de la asociación fue invaluable, ello se logró gracias a la intervención de algunos de los miembros, en especial del C. P. Guillermo Sánchez García, de la señorita Estela Arriaga J., el señor Víctor Zambrano y de las autoridades municipales de Acatzingo. Durante la mayor parte del proceso de exploración contamos con la

colaboración de Yadira Toledo López y María Guadalupe Velásquez Flores, estudiantes de la maestría en criminalística del Instituto de Ciencias Forenses y Periciales del Estado de Puebla; María Felicitas Rojas Cortés, quien a la sazón estaba trabajando bajo contrato en la Sección de Antropología Física del Centro INAH-Puebla; Rafael Durán Meneses, operador de vehículos del mismo centro de trabajo, y Guillermo Sánchez Espinosa, quienes nos ayudaron con gran entusiasmo y de manera desinteresada.

REFERENCIAS

ACOSTA, JORGE

- 1975 La cerámica de Cholula, *Los pueblos y señoríos teocráticos, el periodo de las ciudades urbanas*, primera parte, Panorama Histórico y Cultural 7, SEP/INAH, México: 123-134.

CUENYA MATEOS, MIGUEL ÁNGEL

- 1999 *Puebla de los Ángeles en tiempos de una peste colonial. Una mirada en torno al matlazáhuatl de 1737*, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/El Colegio de Michoacán, Puebla, México.

GONZÁLEZ LOESA, MAGNOLIA

- 2001 *Revalorización de la arquitectura funeraria en Puebla (en los siglos XVI-XVII-XVIII)*, tesis Escuela de Arquitectura, Colegio Libre de Estudios Universitarios (inérita).

MÁRQUEZ MORFÍN, LOURDES

- 1984 *Sociedad colonial y enfermedad*, Colección Científica 136, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

MARTÍNEZ DEL SOBRAL Y CAMPA, MARGARITA

- 1988 *Los conventos franciscanos poblanos y el número de oro*, Gobierno del Estado de Puebla, INAH, Fundación Fuad Abed Halabi, A.C., Puebla, México.

MÜLLER, FLORENCIA

- 1970 La cerámica de Cholula, I. Marquina (coord.), *Proyecto Cholula*, Serie Investigaciones, 19: 129-142, México.

NOGUERA, EDUARDO

1954 *La cerámica arqueológica de Cholula*, Guaranda, México.

KIRCHHOFF, PAUL, LINA ODENA GÜEMES Y LUIS REYES GARCÍA

1989 *Historia Tolteca Chichimeca*, Colección Puebla, CIESAS/Gobierno del Estado de Puebla/Fondo de Cultura Económica.

ROJAS, GABRIEL DE

1927 Descripción de Cholula, *Revista mexicana de estudios históricos*, 1(6): 156-70, México.

TZVETAN, TODOROV

1999 *La conquista de América. El problema del otro*, Siglo XXI, México.

